

Anticomunismo: ya es hora de diagnosticar y contratar

Agnieszka Mrozik

Academia Polaca de Ciencias

¿Qué áreas/mecanismos de exclusión apoyan los discursos anticomunistas?

El anticomunismo es tan antiguo como el comunismo, tal vez incluso más antiguo. En el *Manifiesto Comunista* Marx escribe sobre el «espectro del comunismo», que «recorre Europa» y contra el que se han unido «todas las potencias de la vieja Europa»: «el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los espías de la policía alemana». El partido comunista aún no había sido creado, el programa no había cristalizado aún, todavía no había gente que se hubiera identificado con las ideas del comunismo. Sin embargo, los representantes del viejo mundo feudal y del nuevo mundo capitalista ya habían protestado contra ellas. Y se opusieron ferozmente, utilizando todas las herramientas disponibles, tanto legales (condenas de prisión, multas) como extra-legales (agresiones a miembros de organizaciones de izquierda, destrucción e incendio de sus locales, ostracismo social).

No es este el espacio para detenerse en

la historia del anticomunismo. Baste con decir que es larga y sangrienta. Solo en el siglo XX estuvo marcada por: asesinatos tanto de activistas (Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fueron asesinados en enero de 1919 en Berlín por militantes de los Freikorps) como de comunidades enteras —estos ataques se parecen al genocidio (más de medio millón de activistas de izquierda, principalmente comunistas, fueron asesinados en Indonesia entre 1965-1966 bajo el mando del general de derecha Suharto); la prohibición de los partidos políticos (el Partido Comunista de los Trabajadores de Polonia fue prohibido a principios de 1919; había párrafos en la legislación de la Segunda República de Polonia sobre qué actividades comunistas, como los actos de traición, serían castigadas con pena de prisión, con pérdida del empleo o con el estigma social (a partir de junio de 1934 la prisión de Bereza Kartuska funcionó como un «lugar de aislamiento» para los activistas considerados peligrosos por el estado, muchos de los cuales eran izquierdistas, sobre todo comunistas) interrogatorios, juicios, penas de cárcel y condenas a muerte (una persecución de rojos estalló en los Esta-

Agnieszka Mrozik, «Anti-Communism: It's High Time to Diagnose and Counteract», publicado originalmente en *Praktyka Teoretyczna*, Vl. 31, 1, 2019. Traducción y notas de Antonia Tato Fontaiña

dos Unidos en 1917-1920 y 1947-1957; en este caso se llamó «McCarthyismo» por el nombre de quien la inició, el senador Joseph McCarthy; uno de los momentos cumbre de esta campaña fue el asesinato de Ethel y Julius Rosenberg en 1953, comprometidos con el Partido Comunista de los Estados Unidos y acusados de espiar para la URSS). Si mencionamos al noruego de extrema derecha Andreas Breivik y sus ataques de julio de 2011 en Oslo y en la isla de Utoya, en los que murieron casi 80 personas, la mayoría de ellos miembros de la juventud del Partido Laborista noruego, tenemos que el anticomunismo añade ahora más párrafos a su sombría historia.

Para responder a la pregunta sobre qué es lo que alimenta el anticomunismo actual —en Polonia y Europa, particularmente en nuestro contexto centroeuropeo— citaré tres fenómenos conectados entre sí.

En primer lugar, está *la prevalencia de un paradigma totalitario*, en el que el nazismo y el comunismo se equiparan como las ideas y sistemas más atroces de la historia humana (porque el comunismo, definido por Marx como una sociedad sin clases con medios de producción comunes, nunca se ha llevado a buen fin en parte alguna del mundo, más adelante entrecomillaré este concepto como ejemplo de práctica discursiva). Es significativo que mientras en el debate occidental se utiliza el término más preciso «estalinismo» —en 2008, en el 70 aniversario del Pacto Ribbentrop Molotov, el Parlamento Europeo estableció el 23 de agosto como el Día Europeo de la Memoria de las Víctimas del estalinismo y del nazismo— casi nadie en Polonia se anda con tales sutilezas: «el comunismo», o simplemente la izquierda, se percibe aquí como totalitario. Una secuencia homogeneizadora de asociaciones (la izquierda es comunismo, el comunismo es el totalitarismo, ergo la izquierda es totalitaria) y el carácter

ahistórico de los conceptos utilizados (no importa si hablamos de la URSS de Stalin en la década de 1930, de la China maoísta en el período de la Revolución Cultural, o de la Polonia de Gierek, el «comunismo» es criminal de todos modos) no sólo sirve para denigrar a la República Popular Polaca, suprimiendo este período de su historia, sino también —o tal vez sobre todo— para depreciar el marxismo, los programas de izquierda y toda esperanza y creencia en el marxismo y la actividad de la izquierda como remedio para la explotación capitalista, la desigualdad social, la violencia fascista sobre una base racista y antisemita y la violencia homofóbica y misógina. El paradigma totalitario no sólo equipara el fascismo y el socialismo (en Polonia y en los países del antiguo bloque oriental se le denominaba obstinadamente «comunismo», y se le encajaba dentro de la esfera de influencia de la Unión Soviética, lo cual además recalca su extranjería), y de hecho reconoce al segundo como peor, más siniestro (el *Black Book of Communism* de 1997 viene bien aquí, ya que estima el número de víctimas del «comunismo» en unos 100 millones; sin embargo, es criticado por los investigadores del tema, incluyendo al historiador Enzo Traverso en el libro *L'histoire comme champ de bataille* (2011)^[1]. Así, el anticomunismo no sólo deslegitima a la izquierda, incluidos los comunistas, e infravalora la contribución de la izquierda a la caída del fascismo en 1945, sino que también contribuye a la rehabilitación de este último, como podemos ver en casos recientes en Europa y otros lugares.

Diferentes matices del paradigma totalitario se pueden encontrar en la investigación científica (por ejemplo, el libro de Timothy Snyder *Bloodlands: Europe Between*

1.- Edición en español: Enzo Traverso, *La Historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. FCE, Buenos Aires 2012.



Tanque soviético en el Museo del Terror, Budapest (Fotografía: Sam Whitfield, fuente: flickr).

Hitler and Stalin está profundamente inmerso en él (2010), pero también en formas institucionales de conmemorar a las «víctimas de dos totalitarismos» (por ejemplo, en el Museo del Terror Háza de Budapest, subvencionado en 2002 por el Primer Ministro Orbán, solo unas cuantas salas se centran en la actividad de las Cruces Flechadas (fascistas húngaros), mientras que la gran mayoría conmemora el sufrimiento de los húngaros bajo el régimen comunista y su heroica revolución en 1956). Significativamente, en muchos países de Europa Central y Oriental, el anticomunismo también fue interiorizado por partidos de izquierda que habían pasado años en un proceso de expulsión pública: arrepintiéndose y disculpándose por los «pecados de sus predecesores ideológicos», excluyéndose de su propia historia, y a menudo utilizando un argumento totalitario para desacreditar a sus oponentes en la izquierda (!) de la escena política (el ejemplo de la izquierda hún-

gara fue bien descrito por Csilla Kiss en el libro *Historical Memory of Central and East European Communism*, 2018, editado por mí y Stanislav Holubec).

En segundo lugar, está la *prevalencia del paradigma nacional*, que sitúa a la nación como el centro de la identidad de los estados modernos, los partidos y las organizaciones políticas, sociales y culturales. En los círculos de la derecha, el nacionalismo como «idea contagiosa» de movilización contrasta con el internacionalismo «comunista», cuya encarnación contemporánea se encuentra en la Unión Europea. Un papel importante en un nacionalismo así conceptualizado lo desempeña la figura del «Żydokomuna» (Judeo-Comunismo), basado en la creencia de que el «comunismo» era (y sigue siendo) un instrumento en manos de los judíos, calculado para la destrucción de los Estados nación. De ahí la tendencia de muchos políticos, activistas e investigadores de derecha a rastrear

judíos entre los comunistas y comunistas entre los judíos, así como la inclinación a sopesar los crímenes fascistas en comparación con los crímenes «comunistas» antisemitas (el funcionamiento de la figura de «Żydokomuna» en Polonia fue analizado por Anna Zawadzka en el texto *Żydokomuna: A Sketch for the Sociological Analysis of Historical Sources*, 2010).

Después de 1989, en Europa Central y Oriental, el nacionalismo se celebra como una idea liberadora relacionada con el movimiento independentista: una reacción a la «esclavitud comunista», pero también a un supuesto intento «comunista» de desnacionalizar las sociedades locales, desvinculándolas de las tradiciones culturales locales. En Polonia, este tipo de pensamiento —con una ética clave de sufrimiento, sacrificio, heroísmo y valentía— tiene una amplia y mesiánica base rusófoba: la Unión Soviética, y de hecho Rusia, es la encarnación del «mal comunista», debilitada en la batalla de Varsovia de 1920 y finalmente derrotada en 1989. Aleida Assmann, investigadora de formas de la memoria cultural, señala que en la carrera contemporánea de varias comunidades por el título «al mayor sacrificio» y «al mayor héroe», las naciones centroeuropeas claramente aspiran a estar en primera fila, precisamente por el sufrimiento experimentado en el período del «comunismo», pero también por su heroica resistencia a la «dominación extranjera». Por lo tanto, el anticomunismo es un fuerte impulso para el nacionalismo, como lo demuestran los ejemplos de las conmemoraciones no sólo desde la base sino también públicas de las víctimas del «comunismo» y de los héroes de la resistencia anticomunista (por ejemplo, la celebración de los «soldados malditos» polacos, la facción Bandera Ucraniana, la Ustasha croata y los Chetniks serbios)^[2].

2.- La Ustasha croata, organización nacionalista croata,

El paradigma nacional, sin embargo, toma posesión no sólo de la derecha, sino también del centro y de la izquierda. Su hegemonía se manifiesta en la reducción del horizonte de los actores de la vida social, cultural y política en los asuntos de la nación, la incapacidad de ir más allá de los intereses nacionales escasamente entendidos y de ver que el mundo siempre ha sido un sistema de codependencia: capital/explotación/desigualdad, así como trabajo/solidaridad/lucha por los intereses de los grupos oprimidos. Anteponer los intereses nacionales a un imperativo universal más amplio de acción por los derechos humanos a la vida, a la dignidad y a la igualdad puede considerarse como una de las causas de la crisis de la izquierda europea como formación intelectual y política (como en las primeras décadas del siglo XX, que Eric Hobsbawm describió en su libro *Nación y Nacionalismo desde 1780* (1990)). La nación desplaza a la clase como una categoría analítica, pero también como una categoría que organiza la conciencia social y la imaginación. Pudimos observarlo en Polonia en 2018, totalmente absorta en la celebración del centenario de la independencia. Círculos izquierdistas, feministas e incluso LGBT se unieron a las celebraciones de aniversario, pujando por el patriotismo y el amor a la patria, al tiempo que legitimaban su posición como la única válida: izquierdista, feminista, etc. Los eslóganes revolucionarios de hace un siglo —la igualdad de todas las personas independientemente de la clase, el género, la etnia, la unificación de los proletarios de todos los países en una lucha común contra la alianza del capital,

aliada del nazismo y caracterizada por el uso continuado de la violencia terrorista. Los chetniks, nacionalistas serbios, en ocasiones dispuestos a pactar con el Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Reivindicaban respectivamente la formación de un gran estado croata y un gran estado serbio.

el estado-nación y la iglesia— han sido o bien silenciados o bien recordados solo en la medida en que no entraron en conflicto con la idea suprema de la libertad de la nación. En una palabra, estamos diciendo sí a Ignacy Daszyński^[3], cuyo monumento fue inaugurado en Varsovia el 11 de noviembre de 2018 y a la alianza de SLD y Razem y no a Rosa Luxemburg (por no hablar de Wanda Wasilewska)^[4].

El tercero es la *museización del comunismo*, basada en la percepción del movimiento comunista y, más ampliamente, en el marxismo como reliquia de una época pasada, una exposición museística, no una idea viva capaz de apoderarse de las masas (este fue un punto del libro recientemente publicado, *Left-Wing Melancholia: Marxism, History, and Memory*^[5] (2016) de Enzo Traverso). Los «museos y parques del comunismo» recién construidos (Praga, Budapest, Druskininkai, Kozłówka) demonizan el «co-

munismo» como una idea y práctica criminal al tiempo que ridiculizan sus aspectos grotescos, del mismo modo que las extensas «historias del comunismo» escritas por los investigadores lo presentan como una etapa corta y cerrada en la historia de la humanidad, no como un pensamiento y visión aún no realizados y, lo que es más importante, contemporáneos y correspondientes a los desafíos del presente: agudizando las desigualdades de clase, la explotación del mundo del trabajo a través del mundo del capital, la violencia racial, étnica, de género o sexual, la degradación del medio ambiente y las restricciones a la circulación de personas (permitiendo al mismo tiempo la libre circulación de bienes y servicios). Yo atribuyo la «museización del comunismo» a un fenómeno más amplio, que puede describirse como la crisis del proyecto de la Ilustración. Se caracteriza por el abandono del igualitarismo, la emancipación, el pensamiento racional y la acción colectiva a favor de la jerarquía, la diferencia, el irracionalismo y el individualismo y, sobre todo, por un abandono de la utopía, entendida como una visión de un futuro mejor, y de los intentos de realizarla, abandonándola para celebrar la actual democracia de libre mercado como «el mejor de todos los mundos posibles» o para mirar atrás al pasado y buscar un incentivo para actuar en él. La «crisis del proyecto de la Ilustración» entendida de esta manera también es visible en los círculos de izquierda de Europa central y oriental: los intelectuales, y a menudo los políticos y activistas, abandonan el diagnóstico crítico de la realidad y el desarrollo de una estrategia para cambiarla por interminables disputas históricas, nostalgia del pasado y análisis sofisticados, cuya sobrecarga conceptual con frecuencia no coincide con los problemas y desafíos del mundo moderno.

3.– Político y periodista polaco (1866-1936), jugó un papel prominente en la restauración de la Primera República Polaca después de la Primera Guerra Mundial y fue Primer Ministro del Gobierno en 1918. Cofundador del Partido Social Democrático de Polonia (PPSD), más tarde transformado en el Partido Socialista Polaco.

4.– Wanda Wasilewska (1905-1964), novelista y activista política polaca, se refugió en la URSS durante la invasión alemana. Comunista convencida fundó allí la Unión de Patriotas Polacos; su influencia fue decisiva para la creación del Comité Polaco de Liberación Nacional y por lo tanto para la formación de la República del Pueblo Polaco. Fue coronel del Ejército rojo durante la II Guerra mundial y miembro del Soviet Supremo de la USSR. Recibió en tres ocasiones el Premio Stalin de Literatura. Véase, Encyclopedia.com.women y Agnieszka Mrozik, *Communism women and the spirit of transgression: the case of Wanda Wasilewska*, «Teksty Drugie», edición inglesa, n° 1, 2016, pp. 116-143 y *Crossing Boundaries: The Case of Wanda Wasilewska and Polish Communism* en «Aspasia», 11, 2017. Lewica Razem (Izquierda Unida), previamente conocida como Razem, es la coalición de partidos izquierdistas polacos entre los que estaba el SLD, Alianza Democrática de Izquierda, que concurren unidos a las elecciones parlamentarias de 2019.

5.– Edición en español: Enzo Traverso, *Melancolía de Izquierda. Después de las utopías*. Galaxia Gutenberg, Barcelona 2019.

¿Cómo luchar con éxito contra el anticomunismo?

Aunque indudablemente es más seguro diagnosticar la realidad —en este caso, señalar las causas y analizar las manifestaciones del anticomunismo— me gustaría intentar esbozar tres niveles de lucha contra él. En cada uno de estos niveles de actividad crítica, la deconstrucción de figuras anticomunistas y las estrategias y prácticas discursivas de acción deben ir acompañadas del esfuerzo por construir contra-narrativas. No, sin embargo, para crear mitos o refugiarse en la nostalgia, sino para derribar el monolito del discurso dominante y mostrar otras variantes de pensamiento y posibilidades de acción.

Primero, en *el campo científico*, el análisis crítico de los clichés anticomunistas es fundamental, revelando la lucha de poder y los intereses que se esconden detrás del rechazo del socialismo como idea y proyecto político. También es crucial una recapitulación de la compleja historia del movimiento revolucionario, recobrando a sus diversos actores: campesinos, trabajadores, *intelligentsia* progresista, mujeres. La memoria de los logros y fracasos del movimiento revolucionario no debe perder de vista el contexto histórico: la situación inicial y los cambios bajo la influencia de factores externos e internos. También debe tener en cuenta los flujos de pensamientos, ideas, personas y prácticas, la acción dentro de las fronteras y el cruce de las fronteras de los Estados nación. Sin embargo, la historia no debe ser «un maestro de la vida», «una lección para el futuro», sino más bien «la memoria del futuro», como Traverso escribe en *Left-Wing Melancholia: Marxism, History, and Memory*, es decir, la memoria de lo que todavía exige su realización. Vale la pena señalar que este tipo de investigación ya se lleva a cabo en muchos centros del mundo,

incluyendo Polonia. Los más interesantes de estos intentos son claramente los interdisciplinarios: es difícil pensar en el cambio de paradigma mientras se mantenga dentro de los límites de una sola disciplina.

Segundo, en *el ámbito artístico y literario*, es necesario señalar que la literatura, el arte, el cine y los medios de comunicación pueden seguir siendo herramientas de emancipación y que son extremadamente deseables en este papel (a pesar de los repetidos diagnósticos sombríos sobre la crisis de los medios de comunicación y los lectores). Sin embargo, no debe limitarse sólo a la constatación de la realidad —explotación, desigualdad y resignación general e impotencia debido a estar atrapado en el neoliberalismo y el nacionalismo— sino que debe crear una alternativa. Lo que se necesita es literatura, arte y medios de comunicación, respondiendo a los problemas del mundo, críticos con el mensaje dominante, con un amplio concepto de cambios sociales, lingüísticos y emocionales. En una palabra— lo que se necesita es una nueva utopía y espero que sea posible realizarla. Este tipo de literatura, arte, cine y medios de comunicación, sin embargo, también requiere críticos involucrados y teorías audaces, porque, como decía el clásico: «Sin una teoría revolucionaria no puede haber un movimiento revolucionario».

Tercero, en *el ámbito político*, precisamos de un buen diagnóstico de la realidad y de herramientas adecuadas para su cambio. Vale la pena recordar que el proyecto comunista sigue siendo válido, que es una «idea contagiosa» de movilización, todavía por realizar y, lo que es más importante, responde a los apremiantes problemas de los tiempos modernos: explotación, degradación del medio ambiente, auge del nacionalismo y todo tipo de fundamentalismos. La crisis mundial de 2008 y el surgimiento de movimientos sociopolíticos de base

—principalmente los Podemos españoles y el estadounidense Occupy Wall Street, pero también el ascenso de la Syriza griega o el resultado relativamente bueno del socialista Bernie Sanders en las primarias del Partido Demócrata antes de las elecciones presidenciales en Estados Unidos

en 2016— muestran que la radicalización progresiva de las fuerzas reaccionarias requiere respuestas decisivas, formuladas no aisladamente, sino en amplia cooperación de las fuerzas progresistas —la izquierda y la izquierda radical. ¿Estamos preparados para la próxima Internacional?

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 1 | 1 de agosto de 2016



núm. 1 | 2016

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 2 | febrero de 2017



núm. 2 | 2017

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 3 | 2 de febrero de 2018



núm. 3 | 2018

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 4 | 7 de agosto de 2018



núm. 4 | 2018

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 5 | 27 de agosto de 2017



núm. 5 | 2017

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 6 | 27 de agosto de 2019



núm. 6 | 2019

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 7 | 27 de agosto de 2019



núm. 7 | 2019

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 8 | 27 de agosto de 2020



núm. 8 | 2020

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 9 | 27 de agosto de 2018



núm. 9 | 2018

nuestra historia
Revista de Historia de la FIM
Núm. 10 | 27 de agosto de 2020



núm. 10 | 2020

fundación de
investigaciones
marxistas



 **transform!**
europe